



KAREN VIGGERS

EL MURMULLO DE LOS ÁRBOLES

Una novela sobre los paisajes que marcan
nuestra vida para siempre

KAREN VIGGERS

EL MURMULLO DE LOS ÁRBOLES

Traducción de Montse Triviño


ESPASA

Título original: *The Orchardist's Daughter*

© *The Orchardist's Daughter* — © Karen Viggers, 2019

Publicado de acuerdo con Allen & Unwin a través de International Editors' Co., Barcelona

© por la traducción, Montse Triviño, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-670-5598-6

Depósito legal: B. 10.892-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Leon llegó al pueblo un despejado sábado de otoño. Cielo azul, hojas que empezaban a volverse doradas, el olor del humo flotando en el aire... Se sentía optimista. Un nuevo hogar, un nuevo empleo, una nueva vida: sí, estaba decidido a conseguir que funcionara. Llevaba demasiado tiempo viviendo en Bruny Island con sus padres. Tenía sus motivos para haberse quedado allí, pero había llegado el momento de cambiar. Empezaría desde cero y, dijera lo que dijera su padre, Leon se sentía preparado. Ser guarda forestal del Servicio de Parques en un pueblo maderero era todo un reto, pero sin duda existía la forma de encajar. Sólo tenía que encontrarla.

Echaría de menos la isla, de eso estaba seguro. Amaba sus playas vírgenes, sus acantilados de columnas y sus vientos cambiantes. La espuma de las olas al romper en la orilla. Las aguas inmóviles del canal, en las que nadaban unos cisnes de cuello largo y pico rojo. Las excursiones en kayak por marismas repletas de aves acuáticas y tímidos cangrejos. Sin embargo, había dejado atrás todo aquello y ahora estaba aquí. Por lo menos, seguía en el sur de Tasmania, pensó, y continuaría trabajando entre bosques y árboles, que era algo que llevaba en la sangre.

Casi todas sus pertenencias estaban en su viejo coche rojo. Un kayak en la baca del techo. Una caja de libros en el asiento trasero. Unas cuantas sillas plegables. Una maleta llena de ropa bastante usada. Unas botas de montaña. El

saco de dormir de plumas que había comprado cuando estudiaba en Hobart. Ah, sí, cuántos viajes había planeado entonces: excursiones largas, de varios días, por el sur de Tasmania que nunca había llegado a hacer porque había tenido que volver a casa. Lo había hecho por obligación, porque su madre lo necesitaba. Jamás le perdonaría a su padre haberle destrozado la vida a él y haber arruinado la de su madre.

Ahora, sin embargo, todo eso ya no importaba. Tenía veinticinco años, no era demasiado tarde para empezar de nuevo y estaba entusiasmado. Era la primera oportunidad que se le presentaba en muchísimo tiempo.

Condujo despacio por la calle principal y le sorprendió que estuviera tan concurrida. Los aparcamientos estaban abarrotados de coches. Vio niños cubiertos de barro y vestidos con camisetas de fútbol. Gente que empujaba carritos o cargaba con las bolsas de la compra. Turistas que descendían de un autocar frente a la oficina de turismo. Echó un vistazo a las tiendas: oficina de correos, farmacia, carnicería, panadería, banco, cafetería, local de comida para llevar junto al supermercado y ferretería al final de la calle. En Adventure Bay, donde vivían sus padres, la hora punta se producía dos veces al día y duraba sesenta segundos, cuando llegaba el autocar que llevaba a los turistas a la excursión panorámica en barco. Las únicas tiendas que había allí eran un colmado y una cafetería, así que, en comparación, aquel pueblo era una metrópolis. Allí encontraría prácticamente todo lo que pudiera necesitar. Y si no encontraba algo, siempre lo podría comprar cerca de la oficina del Servicio de Parques, en el último pueblo por el que había pasado. Podría haber alquilado una casa algo más cerca del trabajo, pero había decidido vivir allí, al pie de las montañas. Aquél era el trampolín hacia su nuevo futuro.

Cruzó la carretera y se adentró por una calle tranquila flanqueada por casas de madera con ventanas blancas, pa-

redes de leña apiladas junto a las vallas y chimeneas que expulsaban humo. Tras doblar una esquina, se dirigió colina arriba y fue dejando atrás una casa de ladrillo que había medio escondida entre unos rosales, un camión largo que estaba aparcado sobre el bordillo, un solar vacío con un espantapájaros que custodiaba un huerto descuidado y, por último, otra casa de madera en uno de cuyos lados descansaba apoyado en varios troncos un viejo coche azul.

Un poco más arriba se hallaba su nuevo hogar: una casita de color rosa cuya parte trasera daba al monte. La reconoció por las fotos que había visto en la página web. Formaba parte de una herencia, el alquiler era barato y estaba semiamueblada, lo cual le interesaba porque él no tenía muebles. Antes de volver a casa de sus padres, vivía en una residencia de estudiantes en Hobart y sólo tenía unos cuantos sillones raídos y un sofá manchado, ninguno de los cuales valía la pena conservar.

Aparcó el coche en el camino de grava y se dedicó a contemplar su nueva morada. Según el agente inmobiliario, la casa había estado habitada hasta hacía poco, pero parecía cerrada y bastante abandonada. La hierba estaba muy crecida. No había valla delantera, ni jardín. En la parte de atrás, la frontera con el monte consistía en una cerca de cinco líneas de alambre de espino; la valla baja y desteñida que separaba aquella casa de la de al lado estaba apuntalada por pilas de leña, aunque todas en la parte de los vecinos.

Al bajar del coche percibió en el aire frío el olor a humo de leña y el hedor dulce de las vacas que pastaban en el prado del otro lado de la calle. En la casa contigua vivía una perra de raza pastor ganadero: trotó hasta la valla, con su vientre enorme y sus tetillas largas, y empezó a ladrar a Leon. Ése debía de ser el comité de bienvenida. Leon subió los escalones de la entrada e introdujo la llave en la cerradura. Sin embargo, la puerta estaba un poco atascada y no se abrió hasta que la empujó con el hombro.

La casa estaba prácticamente vacía. En el salón no había nada, a excepción de un montón de basura en la chimenea. Las cortinas venecianas de las ventanas estaban medio descolgadas. La repisa de la chimenea cubierta de polvo y de excrementos de pósum. Y en la habitación sólo había una cama que chirriaba. Se sentó en el colchón y notó los muelles bajo el trasero. Debajo de la cama, en el suelo, encontró un orinal oxidado. Sin duda, la anciana que había vivido allí padecía incontinencia. De repente, dormir en aquella cama le pareció menos apetecible.

Siguió el recorrido por la casa. En la cocina vio dos sillas de vinilo, por cuyas costuras asomaba el relleno, y excrementos de pósum por todas partes. Arrugó la nariz. ¿Qué había pasado con lo de *habitada hasta hace poco y parcialmente amueblada*? Aquello no era lo que él había firmado. Pensó en llamar a la agencia y leerles la cartilla, pero luego suspiró. Quería convertirse en una persona nueva, en la clase de hombre que no se deja llevar por la rabia, en alguien distinto de su padre. Había otras formas de solucionar las cosas. Tenía un par de días para limpiar antes de empezar a trabajar. Al día siguiente gastaría parte de sus ahorros en comprar un colchón nuevo y tal vez encontrara muebles baratos en algún mercadillo de segunda mano. Pero era una lástima que aquella casa estuviera hecha un desastre. La ironía de la situación casi lo hizo sonreír. Tres años enfrentándose al caos emocional de su hogar y ahora esto. Tanta suciedad le resultaba sobrecogedora, pero siempre sería mejor que tener que salir en defensa de su madre cada vez que su padre bebía más de la cuenta.

Una vez fuera, bajó el kayak del coche y lo dejó en un lado de la casa. Luego volvió a entrar con el resto de sus pertenencias y las dejó caer al suelo. ¿Por dónde empezar? Lo mejor sería ocuparse en primer lugar de la chimenea, porque estaba casi seguro de que la casa no disponía de aislamiento, lo cual significaba que aquella noche se iba a

congelar allí dentro a menos que encendiera un buen fuego..., siempre y cuando hubiera leña, claro estaba.

Buscó en la parte trasera, pero no vio ni un tronco.

Encontró un viejo radiador en un armario y lo enchufó. El hedor del polvo quemado inundó el salón y, de repente, se quedó sin luz: aquel viejo aparato había hecho saltar los plomos. Buscó la caja de fusibles y subió de nuevo el diferencial, pero se hizo a la idea de que no tendría calefacción hasta que consiguiera leña. Encontró un número de teléfono en un imán de la nevera y llamó para que le entregaran una carga aquella misma tarde.

Después de llevar toda la basura al cubo, limpió la repisa de la chimenea con un trapo viejo del coche y la frotó a conciencia para eliminar las gotas pegajosas de pipí de pósum y los restos de caca reseca. Una vez que estuvo limpia, colocó sus libros en la repisa: guías de campo y volúmenes de historia primero, y luego sus obras de ficción favoritas. Todas ellas transcurrían en Tasmania: *For the Term of His Natural Life*, *Muerte de un guía*, *The Roving Party*. En cierto modo, los libros hicieron que aquella casa empezara a convertirse en un hogar. Formaban parte de él, y su presencia consiguió que le resultara más fácil enfrentarse al resto de las tareas. Cada vez que pasaba por delante de los libros se imaginaba a sí mismo leyendo junto al fuego en las noches frías y le resultaba alentador. Sin embargo, lo de la limpieza no se le estaba dando demasiado bien. El trapo húmedo no bastaba para eliminar tanta porquería, así que decidió hacer una excursión al supermercado y compró un cubo y una fregona, lejía, trapos de usar y tirar y un cepillo de fregar. Ya de vuelta en casa, empezó a barrer, fregar y limpiar con sus utensilios nuevos. La casa entera necesitaba de su intervención. Y luego estaba el váter, lleno de manchas de moho.

Su madre llamó justo cuando estaba echando a la hierba un cubo de agua jabonosa.

—Leon, ¿cómo estás? —le preguntó, como si llevaran meses sin hablar—. Aquí hay demasiado silencio sin ti.

Se la imaginó de pie junto a las cortinas de tul, contemplando la calle al otro lado del césped. Sí, sin duda la casa debía de estar muy silenciosa. Entre semana, su madre se mantenía ocupada limpiando bungalós en el camping, pero los fines de semana los pasaba encerrada en casa con su esposo jubilado. *Minnie*, la gata, debía de estar acurrucada en el sofá o restregándose contra las piernas de su dueña. En el dormitorio principal, su padre seguro que estaba recostado en los almohadones de la cama, viendo la tele: la redifusión de algún partido de fútbol, o tal vez algún torneo de golf. Al otro lado de la calle, las delicadas olas romperían en la playa, siseando sobre la arena. Leon consultó el reloj: el barco que hacía la excursión panorámica de la mañana debía de estar a punto de volver.

—¿Te gusta la casa? —le preguntó su madre.

No podía decirle la verdad, porque si no al día siguiente la tendría allí organizándolo todo y llamando a algún amigo para que le consiguiera muebles.

—Está bien —le dijo—. Todo perfecto.

—Ay, me alegro —respondió ella en tono de alivio—. Espero que el lunes te vaya muy bien en el trabajo. Y no te olvides de visitar al abuelo. Le dije que pasarías a verlo, así que no esperes mucho.

Habían transcurrido tres años desde la última vez que había visitado al anciano, así que presentarse de repente le iba a resultar incómodo. Leon se sentía culpable. Era demasiado fácil olvidarse de los ancianos que vivían en residencias, demasiado fácil asumir que disponían de todo lo que necesitaban: comida, asistencia, otros amigos ancianos... Pero el año anterior había aprendido unas cuantas cosas sobre la vejez. Había conocido a una anciana en la isla: iba todos los días a ver cómo se encontraba, le llevaba la compra y le daba conversación de vez en cuando. Un

pequeño compromiso que había sabido mantener. Era una anciana interesante, con muchas historias acerca del pasado, muchas leyendas sobre faros. Leon había comprendido que los ancianos tenían muchos recuerdos que compartir. Tal vez consiguiera hacer hablar a su abuelo. Quién sabe qué secretos podía ocultar aquel hombre... Y tal vez el abuelo pudiera arrojar algo de luz acerca de por qué el padre de Leon se había vuelto tan cruel. Entre aquellos dos hombres no había más que odio, hasta el punto de que el padre de Leon jamás llamaba al anciano. Otra relación padre-hijo tensa y difícil. Al parecer, el mundo estaba plagado de ellas.

—No te olvides de comer bien —estaba diciendo su madre—. Y tendrás que buscar una lavandería. Tienes que cambiarte de ropa todos los días.

—Mamá, no te preocupes. Hay una lavandería en el pueblo.

—Te echo de menos, Leon. Ven a vernos de vez en cuando.

Sólo habían transcurrido cuatro horas desde que se había marchado y ya lo estaba invitando a volver.

—Iré en cuanto pueda, pero no será hasta dentro de unas semanas. Tengo muchas cosas que organizar.

—Muy bien. Bueno, será mejor que te deje tranquilo. Acuérdate de comer.

Le había preparado sándwiches de pan blanco con Vegemite y queso, como si fuera el almuerzo del cole.

—Hasta pronto, mamá.

Cogió los sándwiches y se sentó en el escalón de la entrada. La perra de los vecinos se acercó a la valla, esquivando las bicicletas y pelotas que había esparcidas por el césped. Le gruñó, con las orejas tiesas y el pelo erizado. En la casa de al lado, una mujer de pelo rubio estaba tendiendo la colada en las cuerdas del jardín trasero; al fondo de un garaje de puerta basculante, un hombre delgado vestido

con unos vaqueros que le hacían bolsas en el culo estaba reparando algo en un banco de trabajo, mientras la radio emitía a todo volumen la previa de un partido de fútbol. Pese al alboroto, Leon oyó hablar al hombre y a la mujer. Ella parecía estar burlándose de él.

—¿Qué haces, Shane? ¿Te estás ligando a esa motosierra o qué? Llevas todo el día trabajando.

—La cadena se ha atascado, y eso que la afilé el jueves.

—Pues compra otra. Tampoco cuestan mucho, ¿no? Cadena o cigarrillos, tú eliges.

—Cigarrillos. No puedo pasar sin ellos.

—Pero tampoco puedes pasar sin la cadena, ¿no? Porque entonces no tendremos dinero para nada.

—Voy a intentar afilarla otra vez.

Un niño de aspecto bastante desaliñado, vestido con la camiseta de un equipo de fútbol, subió la colina en su bici, sin casco. Entró con la bici por la verja de la casa contigua, la dejó caer al suelo y se metió en la casa. Salió momentos después con una bolsa de patatas en una mano y un iPhone en la otra. La perra correteaba tras él. El niño se acercó a la valla y miró a Leon. Era delgado: tenía una mata de pelo castaño claro, las mejillas hundidas y la piel clara.

—Hola —le dijo Leon—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Quién eres?

—Leon.

El niño abrió la bolsa de patatas, cogió un puñado y se las metió en la boca, mientras la perra lo devoraba con los ojos, esperanzada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Leon.

—Max.

—Tu perra es muy bonita.

El animal torció el morro y gruñó.

—Se llama *Rosie* —dijo el niño, mientras le acariciaba el lomo al animal—. No es mía, es de papá. Papá se la lleva al bosque para que los verdes no se acerquen a la camioneta.

Él quería un macho, pero mamá dijo que tenía que ser una hembra porque los machos se mean por todas partes.

—Te gustan los perros, ¿verdad? —preguntó Leon.

—No están mal.

Max le acarició la cabeza a *Rosie*, mientras la perra lo miraba jadeando.

—Le caes bien —dijo Leon.

—Es porque le doy patatas.

—¿Qué le pasa en las tetillas?

—Tuvo cachorros. Pero se los comió.

No parecía muy creíble. ¿Le estaba tomando el pelo aquel crío?

—¿Por qué no la lleváis a esterilizar si no es buena madre?

—Cuesta mucho dinero.

Leon se preguntó cuántas camadas habría tenido aquella perra. Más de una, a juzgar por lo mucho que le colgaban las tetillas. Se fijó en el tamaño del vientre y dedujo que estaba otra vez embarazada.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó al niño.

—Diez.

—Eres muy alto para tener diez años —dijo.

El niño se irguió aún más.

—Juegas al fútbol, ¿no? —añadió, señalando la camiseta del niño—. ¿Cómo se llama tu equipo?

—Los Devils.

—¿Qué tal os ha ido hoy?

—Hemos perdido.

—Qué lástima. Bueno, no siempre se puede ganar.

—Nunca ganamos.

—Mala suerte, ¿eh?

—Papá dice que no tiene nada que ver con la suerte. Que lo que pasa es que somos malísimos.

—Nadie es bueno a los diez años.

—Jaden, el hermano de Callum, es bueno.

—¿Tiene diez años?

—No, doce.

—Pues te quedan dos años para ser bueno.

Max negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no sirvo para nada.

A Leon no le cupo duda de que aquello lo había dicho el padre de Max. Casi le pareció escuchar el eco de aquellas palabras en el jardín trasero. Recordó cuando iba con su padre a jugar al fútbol a la playa. Cada vez que la pelota terminaba en el agua, su padre le gritaba: «¡Ve a buscarla! ¡¿Es que no sabes chutar recto?!». Pero la mayoría de las veces se divertían jugando a pasarse el balón: era la forma que tenían de conectar cuando Leon era pequeño. La pesca no había funcionado porque a Leon siempre se le enredaba el sedal y perdía los aparejos entre las rocas, así que el fútbol se había convertido en la mejor opción. Lástima que ya no les sirviera.

—Yo juego bastante bien —le dijo a Max—. Puedo ayudarte si quieres. Con un poco de práctica mejorarás enseguida.

Max se encogió de hombros y dejó el teléfono sobre uno de los postes de la valla para poder coger más patatas.

—¿Vas a vivir en esta casa?

—Sí. Me he instalado hoy.

—¿Sabes que está encantada? La señora Westbury murió ahí. Alguien tenía que venir a ver cómo estaba, pero parece que se les olvidó. Papá notó el olor y llamó a la poli. Dijeron que ya estaba podrida. Como la fruta.

Leon imaginó a la anciana muerta en la cama. ¿Un infarto mientras dormía? ¿O se había ido apagando lentamente, a la espera de que alguien acudiera en su ayuda? Era muy triste que nadie se hubiera preocupado por ella. Quizá fuera mejor estar en una residencia de ancianos,

como su abuelo. O quizá no... Leon no soportaba el aspecto de hospital de aquellos lugares. Puede que la señora Westbury hubiera decidido morir en su propia casa.

Un niña pequeña salió de la casa de Max, cargada con una muñeca, y cruzó el jardín. Tenía los ojos marrones y el pelo oscuro, la nariz llena de mocos y el flequillo desigual, probablemente porque se lo habían cortado en casa. Caminaba con un dedo metido en la nariz. Estaba claro que era la hermana de Max: la misma forma de la cara, la misma mandíbula.

—Ésta es Suzie —dijo, al tiempo que le apartaba la mano de la cara—. No te metas el dedo en la nariz.

La mujer rubia los estaba observando desde las cuerdas de tender. Seguro que los había oído hablar.

Leon sonrió y la saludó.

—Hola, me llamo Leon. Sus hijos y yo estamos charlando.

La mujer encendió un cigarrillo y se aproximó. Al verla de cerca, Leon se dio cuenta de que era más joven de lo que pensaba; de hecho, no era mucho mayor que él, pero tenía dos hijos y seguramente había llevado una vida bastante más dura que él. Tenía el pelo rubio y los ojos azules, y le pareció bastante guapa, aunque de aspecto cansado.

—Me llamo Wendy —dijo ella, observándolo a través del humo con los ojos entornados—. ¿Vas a vivir ahí?

—Sí, tengo un contrato de alquiler de seis meses. Y un trabajo nuevo.

—¿Bosques?

—No, Servicio de Parques. Soy guarda forestal.

Se produjo un silencio breve y Wendy apretó los labios.

—Mi marido es leñador. Tala árboles en las laderas a las que no pueden llegar las máquinas.

Eso explicaba lo de la motosierra, pensó Leon.

—Pues entonces es una especie poco común. Hoy en día casi nadie usa motosierras.

Wendy torció los labios.

—¿Entiendes de bosques?

—Vengo de una familia de leñadores. Mi abuelo era leñador en Bruny Island, y su padre antes que él, etcétera. Mi padre trabajó en el aserradero hasta que estuvo a punto de perder una mano.

—Vaya.

—Sí. No ha sido fácil para él. Ni para mi madre. Mi padre no soporta estar jubilado, preferiría cobrar un sueldo decente.

Leon apenas podía creerse que le estuviera contando todo aquello a Wendy. Además, ¿por qué estaba defendiendo a su padre?

—En fin —añadió—, creo que me pondrán a limpiar lavabos y a vaciar papeleras.

Wendy rehuyó su mirada y acarició con una mano la cabeza de su hija.

—Niños, será mejor que entremos a comer. Y tú tienes que ordenar tu habitación, Max.

Cuando Wendy ya se alejaba con los niños, Leon vio el móvil de Max, que aún seguía sobre el poste de la valla.

—Max —lo llamó—, te has dejado el teléfono. Cógelo, no vaya a ser que llueva.

Wendy le dio una palmada a Max en el brazo.

—Si no vigilas tu teléfono, te lo voy a quitar.

El niño regresó hasta la valla arrastrando los pies y recogió el móvil.

—Qué más da, si hoy tampoco va a llover —refunfuñó.

Leon lo compadeció.

—Tráete un balón cuando quieras y practicamos unos pases.

El niño asintió.

Wendy los estaba observando desde el porche y Leon creyó ver en sus ojos un destello de sorpresa. Le pasó un brazo por encima de los hombros a su hijo y entró en casa con él.

—¿Qué te parece, Max? —la oyó decir Leon—. Podemos decirle a papá que te hinche el balón.

Cuando cerraron la puerta, Leon volvió a quedarse solo..., excepto por la perra, que lo miraba y sacudía la cola.

No se fiaba mucho. No entendía gran cosa de perros, pero había algo que sí sabía: que pueden parecer amistosos y, de repente, intentar morderte la mano.